

REAL
ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

Colección
M^{ra} Teresa
García Moreno
Serie Catálogos
Nº 5

GINÉS LIÉBANA, 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921 - 2021)

GINÉS LIÉBANA

100 AÑOS
DE CREACIÓN
(1921 - 2021)



2021

GINÉS LIÉBANA, CIEN AÑOS DE CREACIÓN

EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE



ccdo
DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA


Diputación
de Córdoba

Edita

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Dirección y coordinación

Miguel Clementson Lope

Textos

José Cosano Moyano	Raúl del Pozo	Rosa Luque
AAVV	Bartolomé Delgado Cerrillo	Jacinto Mañas
Ángel Aroca	Dicc. <i>Larousse</i> de la Pintura	Fernando Martín
Alfredo Asensi	Bernd Dietz	Ricardo Molina
Julio Aumente	Luis Figuerola Ferreti	Francisco Nieva
Juan Bernier	Manuel Gahete	Vicente Núñez
Jesús Cabrera	Antonio Gala	Ana Palacio
Carmelo Casaño	Pablo García Baena	José M. ^a Palencia Cerezo
Juana Castro	José Luis González Cobelo	José Ant. Ponferrada Cerezo
Carlos Clementson	César González Ruano	José María Prieto
Miguel Clementson Lope	José Hierro	Francisco Umbral
José de Miguel	Joaquín Lobato	Mercedes Valverde Candil
Carlos Edmundo de Ory	Mario López	Francisco Zueras
Luis Antonio de Villena	Roberto Loya	Ginés Liébana

Documentación técnica, bibliográfica y fotográfica

M. Clementson

Diseño gráfico y maquetación

M. Clementson, José Manuel Nieto Rosa

Edición fotográfica y fotografía

Francisco J. Segura Castellanos, M. Clementson, Mateo Liébana, Rafael Inglada, José M. de la Fuente, Piedad Aroca, José Jiménez Poyato, Ángeles Clementson Lope, e imágenes del archivo personal del artista

© De los textos

los respectivos autores

© De las fotografías

los respectivos autores

Especial gratitud y reconocimiento a

Diputación de Córdoba	Rafael Inglada
Escuela de Arte « <i>Mateo Inurria</i> »	Mario Galán
Ayuntamiento de Villa del Río	José Manuel de la Fuente
Museo Prov. de Bellas Artes de Córdoba	Ángeles Clementson Lope
Mateo Liébana	

Impresión

Litopress (Avda. República Argentina, 22. Telf. 957 23 57 02, email: edicioneslitopress.com)

ISBN 978-84-123535-9-4 Dep. legal CO 551-2021

GINÉS Y PABLO EN EL PRECÁNTICO

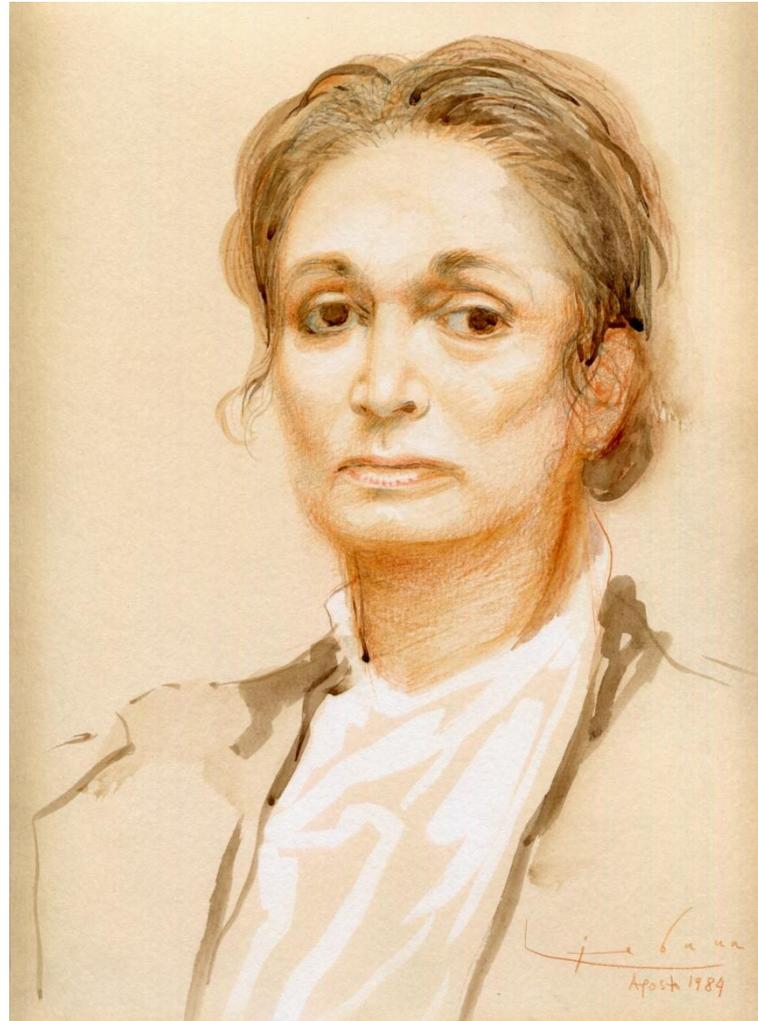
Ángel Aroca Lara

El cielo luminoso, sin presagio de nubes, lucía su mejor “azul Purísima” y el sol doraba ya la fronda quieta de los jardines de *Vallellano*. Era el alba de enero de 2009, uno de esos días postreros de la Pascua que transcurren entre Año Nuevo y la Epifanía. Pese a la estación se anunciaba una hermosa mañana de paseo. Llamé a Pablo y quedamos en que lo recogería en su casa para dar una vuelta por el chamarileo de La Corredera. Llegué a *Obispo Fitero* a la hora convenida. Estaba dispuesto y pasó a recoger un pañuelo, quizá de los que tenía bordados con sus iniciales por Josefina Liébana.

Esperé contemplando por enésima vez el belén, que aquel año era “napolitano” en la alternancia a que su artífice nos tenía acostumbrados. Allí estaban la sibila de Cumas, Gengis Kan, la reina de Saba, Simeón Estilita, la abadesa de Las Huelgas y demás figurantes heterodoxos con los que el poeta singularizaba su máquina navideña y le permitían armar un soporte literario que desgranaba, para regocijo de sus amigos, con la gracia y socarronería de su ingenio.

Andaba reparando en las exquisiteces de la bandeja con que la posadera —“de Goldoni”— pretendía desagrar a “la Señora”, cuando regresó Pablo con un calendario en la mano; lo abrió tembloroso por el mes de agosto y con voz también afectada por la emoción dijo: “Mira el patrimonio humano de Córdoba. ¡Has visto que belleza!”. Josefina Liébana, con el pelo suelto, más corto y completamente blanco, se veía realmente hermosa y el cariño y la devoción de mi interlocutor por ella se me revelaron con una claridad nueva que, pese a nuestra amistad de años, nunca se me había manifestado tan nítida. La efigiada nos dejaría el 21 de octubre de aquel año. Ajenos a lo que estaba por venir, ella fue nuestro tema de conversación en el paseo.

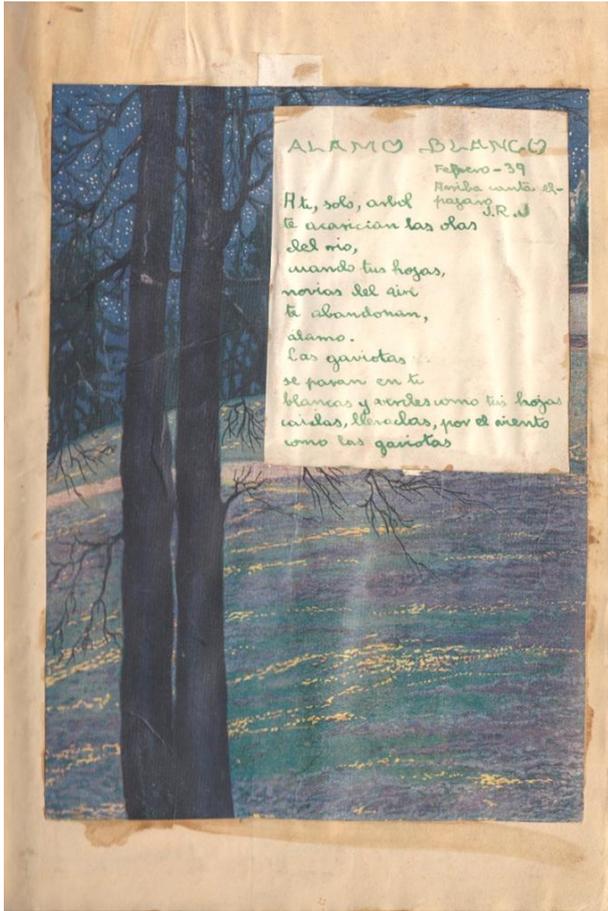
Era la hermana mayor de Liébana y la trágica muerte del padre junto al mayor de los varones, Antonio, en 1936, acentuó su instinto protector. Para preservar a Ginés y a Pablo, dos muchachos de quince años que siempre andaban juntos, de los lutos y el llanto de los pésames



G. LIÉBANA, *Retrato de su hermana Josefina* (agosto - 1984), lápices de color y acuarela / papel, 32 x 23 cm., Col. particular

subía con ellos a la azotea de la casa, “la isla amistosa”, que daría nombre a la gran exposición con que Ginés sedujo a Córdoba en 1991.

Tras las anómalas vacaciones de varios meses propiciadas por la Guerra Civil, Ginés y Pablo retomaron sus



PABLO G. BAENA, «Álamo blanco» [inserto en *A Josefina Liébana*], febr. 39, collage / papel, Col. G. Liébana, Madrid

estudios de bachillerato. Ginés ingresó en *Cultura Española*, regentado por los hermanos de La Salle, y Pablo en el Colegio *Cervantes* de los maristas. Conocieron nuevos amigos: Faustino Fernández-Arroyo, Antonio García Pantaleón y Ángel Escribano, que se unieron a ellos en un grupo aglutinado por la inquietud literaria. Éste, al decir de Pablo, pronto dio sus primeros frutos: *Empezamos a formar unos cuadernos —ejemplar único— con poemas nuestros ilustrados por Ginés. Recuerdo algún título: "Catacumbas de algas", de Faustino, y "Escuadras" y "Por el mar de mi llanto", míos* (Rafael Inglada reprodujo en facsímil los dos últimos en el catálogo de la exposición «Cántico 2010») [Aquellos cuadernos eran pequeños homenajes a Josefina, la hermana. Vivían entonces en la calle *Horno de la Trinidad*]... *Las tardes de verano subíamos a la azotea y mientras ella cosía o*

bordaba y Ginés hacía apuntes, leía yo en voz alta la "Segunda Antología" de Juan Ramón Jiménez. Volaban bajos los vencejos con el calor de Córdoba y la campiña llameaba de rastrojos. Ensimismados en el sortilegio, la poesía nos acercaba sus lienzos húmedos, su agua bebida en las manos de los amores presentidos: Vino primero pura, / vestida de inocencia...

Josefina vivió sus años de matrimonio en Valenzuela, donde la Campiña Alta linda con Jaén, que era solar de su familia materna. A poco de enviudar, volvió a Córdoba en 1967, donde regentó una residencia de seminaristas establecida en la casa parroquial de Los Olivos Borrachos —algunos de aquellos jóvenes aún la recuerdan con veneración— y finalmente se instaló en un apartamento de las inmediaciones de San Miguel, donde vivió rodeada de fetiches de Ginés y Pablo y añorando los reconfortantes encuentros en la azotea de la casa de *Horno de la Trinidad* con aquellos adolescentes singulares. Tal solía decirlo: "Mi hermano Ginés y Pablo García Baena eran dos niños fuera de lo común". Los niños habían crecido y andaban en sus cosas, viviendo sus vidas, pero el vivir de Josefina fueron sus cartas plenas de poesía y con frecuentes destellos de humor cómplice decantado en el crisol de la amistad añeja.

No quiero concluir esta sucinta alusión a Josefina Liébana sin referir un hecho acaecido en Espejo el 19 de abril de 1987, Domingo de Resurrección, que subraya uno de los rasgos esenciales de su personalidad: su convicción cristiana. En el tiempo en que fue esposa del veterinario de Valenzuela, Manuel López Cordón, la "Doña", que así la llamaban en el pueblo, destacó por su participación en las actividades de la parroquia y ya hemos aludido a su papel en la residencia de seminaristas. Pues bien, aquella mujer de religiosidad profunda vivía con desasosiego el que su sobrino Mateo, hijo de Ginés, no estuviera bautizado a los siete años, que sería su edad por entonces. Con la complicidad de Miguel Ventura Gracia, cronista local, y su esposa, Josefina propició un viaje a Espejo con su hermano y Mateo so pretexto de ver la exposición del Círculo de Labradores e Industriales, en la que Liébana colgaba sus dibujos junto a esculturas de Miguel Arjona, orfebrería local y documentos de los siglos XV y XVI.

Sus anfitriones pasaron el día con ellos y los acompañaron a ver la parroquia de San Bartolomé. Deslumbrado

por las pinturas de Pedro Romana en el retablo de San Andrés que preside la iglesia, Ginés se deshizo en comentarios elogiosos y, en el cenit de su emoción estética, preguntó a su hijo si quería bautizarse ante aquel retablo del primer renacimiento cordobés. El niño accedió y el párroco, que estaba avisado, dispuso y ofició el bautizo en el mismo presbiterio de la iglesia. Fueron sus padrinos mis buenos amigos Victoria y Miguel, quienes recuerdan con emoción aquella ceremonia que, pese a su carácter íntimo, alcanzó solemnidad barroca gracias a la sensibilidad y buen hacer del oficiante.

Conocí a Pablo a poco de nuestro establecimiento definitivo en Córdoba, mas no fue en la patria de Góngora sino en la costa malagueña. Entonces mis hijos eran pequeños y pasábamos gran parte del verano en La Carihuela. Antes de llevarlos a la playa a levantar laboriosos castillos de arena que a veces fotografiaban los turistas, solía pasear con un grupo de cordobeses integrado habitualmente por María Jesús de Pablo, Mercedes Valverde y Miguel del Moral. Aún humeaban los rescoldos del Torremolinos glamuroso: el “Pez Espada” mantenía su embarcadero y se vestía de gala en las noches para festejar algún país iberoamericano; los sombrajos de primera línea de playa mostraban tablillas con los nombres de los visitantes *chic* para quienes estaban reservados; y recuerdo en los atardeceres el pasear solemne de Tatiana Tercero por la playa del “Tropicana” con su llamativa elegancia, el rímel acentuando sus pestañas inquietas, siempre el fular al viento.

Entonces comencé a frecuentar a Pablo en “El Baúl”, la tienda de antigüedades de La Nogalera, y en su casa de Arroyo de la Miel. Algún día fuimos a visitar a Bernabé Fernández Canibel o buscamos la belleza decadente de “El Retiro del Obispo”, pero las más de las veces solíamos acompañar la charla y el café. Me llevó a conocer la cueva encerrada en el castillo *kitsch* del hotel “Miami” y me habló de Lola Medina, la gitana bailaora que levantó aquel santuario a la nostalgia, y de Américo, su esposo, un aviador manirroto que arruinó a la “Reina del Sacromonte”. Él los había conocido. Desde entonces solíamos vernos siempre que venía a Córdoba y era el estudio de Miguel del Moral nuestro lugar de encuentro.

Cuando en 1992 la generosidad de mis compañeros me llevó a la dirección de la Real Academia de Córdoba, me preocupé de vincular a la institución a los tres miembros



G. LIÉBANA, *Mateo, con espada* (1989), óleo / lienzo, 55 x 38 cm.

de *Cántico* que, por desidia u olvido injusto, aún no militaban en ella. Aunque la avalancha de reconocimientos estaba por llegar, Pablo García Baena ya había sido distinguido con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por lo que, cuando la junta rectora de la Academia se planteó el lugar que debería ocupar en la institución, consideró oportuno proponerlo como Académico de Honor y, tras la aprobación por el pleno, pasó a formar triada con S.M. la Reina Doña Sofía y el alcalde Antonio Cruz-Conde, que eran los únicos con esta distinción por entonces.

La primera vez que quedé con Pablo tras la muerte de Miguel del Moral me citó en el Ángelus de la ermita del Socorro. De allí pasaríamos a “La Gloria” —de *Claudio Marcelo*—, que fue punto de partida durante años en nuestros paseos por Córdoba —¡cuánto pude aprender con él de esta ciudad!— Era especialmente gratificante



G. LIÉBANA, *Recreación romántica de Pablo (La esfinge inmutable)*, 1972, tinta y acuarela / papel. Col. Rafael Inglada, Málaga

constatar el cariño que despertaba en los cordobeses de cualquier clase y condición, con frecuencia nos abordaban y pedían a Pablo que se hiciera una fotografía con ellos. Jamás lo vi reusar estas proposiciones, siempre accedió esbozando una sonrisa. Cuando llegábamos al puesto de Pepa Jurado en La Corredera, ésta lo saludaba reverente doblando su rodilla derecha y a poco canturreaba algún viejo cuplé esperando que el poeta se le uniera en dúo. Pablo, en un alarde de inteligencia, entraba al trapo haciendo gala de su conmovedora sencillez.

Las lecciones peripatéticas que recibí de Pablo fueron mucho más allá de la historia, las tradiciones o el patrimonio de la ciudad. También aprendí de su trato siempre amable y ajustado a las circunstancias y el momento, de su discreción, de su prudencia, de su saber escuchar, de su humildad... Me sonrojo al recordar mi osadía cuando, estando en El Realejo, decidí la dirección a seguir para San Agustín, él obviamente conocía el camino más corto, pero no quiso torcer mi voluntad y anduvimos por el disparatado itinerario de mi propuesta.

Pablo poseía también un gran sentido del humor, que podía entreverse si era oportuno como un relámpago fugaz

sofocado por su habitual compostura. La cosa era distinta en la intimidad o en los ambientes que le resultaban cómodos. En el cenit del aluvión de premios y seguramente porque su sencillez le demandaba restar importancia al asunto solía bromear parafraseando el Padre Nuestro: "El premio nuestro de cada día dánosle hoy".

Después, cuando se agudizó en Pablo su problema de mácula y en contra de su voluntad, iba a recogerlo a *Obispo Fitero*. Lo vi por última vez en Cruz Roja el 13 de enero de 2018, horas antes de su muerte; estaba sentado en una butaca y bromeamos un rato. A la mañana siguiente llamó su sobrina María Dolores para comunicarnos su fallecimiento.

A Ginés lo conocí después, creo que en una de aquellas fiestas que daba Miguel del Moral el día de Nochebuena en su estudio de la calle de *La Hoguera*, quizá sería la última de los años setenta. El "exiliado alegre" llegó acompañado de Mercedes Valverde. Me llamó la atención su ostentosa alegría de vivir y me sedujo su conversación amena, aderezada de ingenio y de golpes de humor. Su carcajada franca sería y sigue siendo "santo y seña" en nuestros encuentros ulteriores y las conversaciones telefónicas, pues Ginés, nacido para reír, es maestro en el arte de contagiar su alegría.

En la década de los ochenta debí ver a Ginés en muchas de las ocasiones en que viniera por Córdoba, pero nuestra relación era reciente y no guardo recuerdos reseñables. La amistad fraguaría en los noventa, después de su epatante exposición en la Diputación Provincial en 1991. En ella el pintor, de generosidad y acogida probadas, nos abrió las puertas de "La Isla Amistosa" que en otro tiempo sólo fue de los íntimos —Josefina, Pablo y él—. La visité varias veces y siempre descubrí algo nuevo; allí estaba la sabiduría de los grandes de la pintura universal pasada por el tamiz de la exquisita sensibilidad del artista andariego, cazador de paisajes ignotos como también lo sería de palabras. Era el tiempo del escritor inquieto, cuaderno y lápiz en ristre, tomando con avidez nota de vocablos, giros y expresiones que oía por doquier y llamaban su atención. Lo imaginé haciendo lo propio en los museos del ancho mundo que recorrió en su itinerancia.

Ya hemos hablado de la incorporación de Pablo a la Real Academia de Córdoba. Sólo faltaba vincular a Miguel del Moral y Ginés Liébana para saldar la deuda con *Cántico*. Ambos fueron nombrados académicos correspondientes,



Ginés Liébana y Ángel Aroca en el estudio del pintor. Foto: Piedad Aroca

en Córdoba y Madrid respectivamente. El trabajo de presentación de Liébana fue el retrato de Antonio Gala.

En aquella época Ginés exhalaba un penetrante olor a coco y sentirlo me trasladaba a “La Moderna” —no la farmacéutica de las vacunas covid sino una confitería de mi pueblo—. Goloso irredento desde niño, Liébana me llegaba precedido por un grato aroma de infancia, el de los succulentos pasteles rebozados con harina de coco que abarrotaban las bateas de “La Moderna”. Ginés acaudillaba entonces un grupo de poetas jóvenes que revoloteaban a su alrededor como las moscas. Solían reunirse en “El Limbo” y en varias ocasiones acudí a sus lecturas. Pablo me llevó a “La Gloria” y Ginés a “El Limbo”, pero jamás se lo tuve en cuenta. Él, que es expresión de la alegría de vivir, es mi paradigma y en la admiración no cabe sombra de reproche.

Ahora, lastrados por la pandemia, hablamos bastante por teléfono, nuestro record está en cinco llamadas al día. Dado el duende inquieto y bullanguero que parasita en Ginés, nuestras conversaciones pueden transitar por las favelas de Río de Janeiro, con sus escaleras talladas en las raíces de los árboles y el manantial en la cima de la colina sobre el dosel de sombra, por la sabiduría de los impresionistas, por sus conversaciones con Dalí y como éste fundamentaba la singularidad de la obra de Cézanne en sus dedos deformes, a veces lamentamos la impostura de la Abstracción... Con frecuencia hablamos de Córdoba, la asignatura que cursó junto a Pablo y

aprobó “cum laude” en las forzadas vacaciones de la Guerra en los últimos meses del 36 y los primeros del 37.

Esta mañana he hecho mi paseo cotidiano por la ribera del Guadalquivir; ha sido el primero de 2021. Como lo cotidiano termina siendo transparente, me he sentado en un banco al otro lado del río, por El Arenal, para recrearme en la contemplación del mejor perfil de nuestra ciudad. Aunque a mi amigo Ginés no le gustan los adjetivos en la poesía, he recordado las palabras de Camilo José Cela: *En Córdoba los adjetivos de los poetas aciertan siempre. Los poetas llamaron a Córdoba, entre otras muchas cosas, romana y mora y lejana y sola y celeste y enjuta y platera y es verdad. También lo es que Córdoba, además, es cristiana y judía, próxima al corazón que se le entrega y acompañadora de la mano que la busca; terrenal y carnosa y dorada. Todo es cuestión de saber buscar sus humanos alcances, sus poéticos recovecos. Córdoba es una ciudad compleja y milenaria que puede no llegarse a entenderse jamás, pero que también permite que se la adivine de golpe, como la gracia de Dios.*

Tras llevar medio siglo acompasado al pulso de Córdoba, escuchando el silencio de sus noches, respirando su aliento preñado de fragancias en los amaneceres y sintiéndome envuelto en los crepúsculos por esta luz tan suya en mieles traspasada, veo esta urbe milenaria, antaño faro de Occidente, como una ciudad casi pequeña, abarcable, humana, pródiga en sensaciones en la que vale la pena vivir. Su paisaje urbano, proporcionado



G. LIÉBANA, *Sor Catalina de Jesús* [María Catalina Velasco Rivas], 1968, óleo / tabla, 75 x 56 cm.

y escueto, es escaparate de la discreción de sus gentes, de esa austeridad que, a decir de Juan Bernier, en Séneca fue teoría y en el cordobés es práctica. Es un privilegio vivir en una ciudad que es resultado de siglos de culturas superpuestas. Su actual carácter provinciano no oculta su pasada grandeza, la de aquel tiempo dorado en que decir Córdoba era tanto como decir Atenas, Bagdad o Constantinopla.

He llegado a mi estudio paladeando la belleza de Córdoba y bullendo en mi mente el recuerdo de su esplendor pasado. He llamado a Ginés para felicitarle el Año Nuevo y nuestra conversación, tan proclive a la dispersión, se ha centrado en la ciudad que ambos amamos y ha sido siempre la meca de su itinerancia vocacional. Me ha hablado de la antigua corte de los Omeya con pasión y, puntualmente, al inventor de palabras le ha resultado arduo encontrar las justas para definirla y precisar lo que en él despierta. ¡Es tan difícil expresar con precisión los sentimientos hondos sin el apoyo parlante del gesto!

¡Lástima que no sea tiempo de viajar y departir con los amigos vis a vis! Y recuerdo la última vez que vi a Ginés, hará dos años, iba con mi hija y fue en su universo. Llegamos a *Apolonio Morales* a media mañana y estuvimos charlando y riendo hasta que la necesidad de volver a Atocha para alcanzar el último AVE que salía para Córdoba, nos forzó a despedirnos, cercenando brusca y pesarosamente un día esencialmente divertido.

A Piedad le sorprendió la singular elegancia de nuestro anfitrión, camisa verde en armonía cromática con los zapatos de punta afilada. Nos sentamos en su espacio de trabajo, bajo la claraboya, y la inquietante mirada de una bandurria invertida con ojos de congelado asombro que, aunque pudiera ser un cantaor flamenco, me recuerda “El Grito” de Edvard Munch. Todo es singular en la casa de Liébana, desde el *horror vacui* necesario para poder colgar parte de su abundante producción a la tranquilizadora indicación del baño de las visitas —“En esta gaveta está el repuesto de la carta higiénica”—, pasando por el león gigante de peluche que reposa en uno de los sofás del salón o el levitante ángel de “pre-sepe napoletano” con alas disecadas de paloma.

Sonó el teléfono durante la conversación y Ginés, guiado por el sonido, logró encontrarlo bajo los dibujos amontonados en una mesa. Alguna vez, mientras hablaba con mi hija, me levanté por estirar las piernas y sumergirme en el mundo del artista. En un caballete, casi a ras de suelo y que obstaculizaba el paso, vi el retrato de Francisco Umbral, con aire aristocrático y como dispuesto a hablar de su libro. Me vino a la memoria lo dicho por el pintor sobre el itinerario complejo que sigue en sus retratos hasta convertirlos en *una presencia inquietante. Los desasosegados, los prisioneros de una ilusión falsa son a veces tan sorprendidos por el exorcismo misterioso que les asusta el retrato, por eso lo dejan en mi casa.*

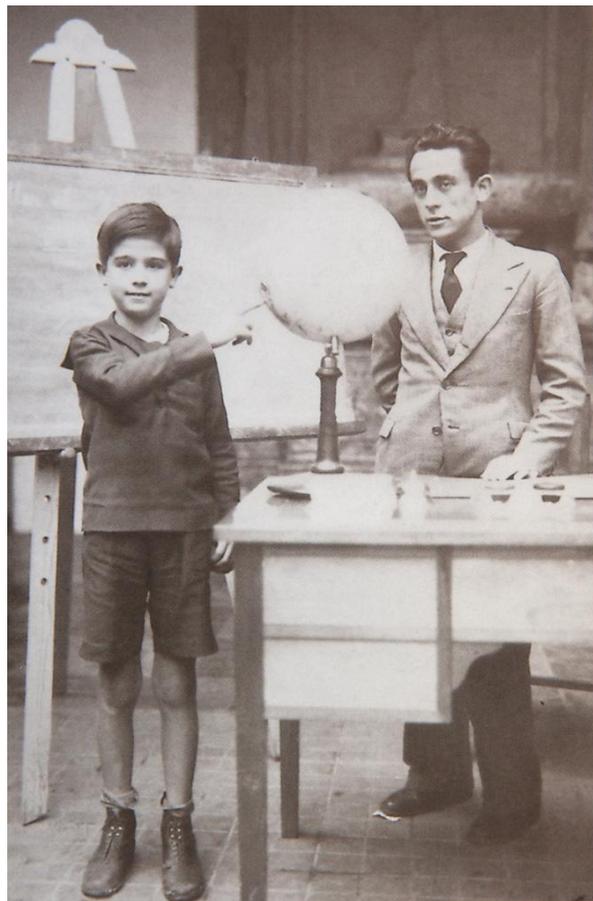
En la transición del obrador al salón y quizá potenciado por la albuza del hábito, destaca el retrato de la madre del pintor, “Sor Catalina de Jesús” —María Catalina Velasco Rivas en el siglo—, pintado por él en la clausura del convento dominico de Villanueva del Arzobispo en la década de los sesenta. Recordé el soneto de Pablo a la profesión de la efigiada: *Ilustra vuestra palma coronada / la roja rosa de la madre, el yerto / lirio de la viudez, el entreabierto / cáliz de la azucena ya sagrada...*

Tras la incalificable muerte de su esposo y su hijo Antonio, María Catalina Velasco sólo vivió por y para sus hijos; cuando los vio encauzados salió de su casa para ingresar en la Congregación de las Obreras del Corazón de Jesús. No obstante, el convento de Villanueva de Córdoba sólo fue un tránsito prudente para dar definitivamente la espalda al mundo y abrazar la clausura dominica.

Comimos en la cocina entre fotografías familiares y de amigos. La "chacha Clementina" nos miraba desde la casa de Valenzuela. De vuelta al estudio Ginés inició su lectura aderezada con impagables toques histriónicos seguidos de carcajadas en las que participábamos. La atención de Piedad era ejemplar, tenía los ojos clavados en el lector y no parpadeaba. Yo, más relajado y más cerca de Ginés, advertía su sonrisa pícaro de duendecillo burlón y reía abiertamente. Entonces Ginés, sin perder el rictus jocoso, interrumpía la lectura y decía a Piedad conteniendo la risa: "tu padre no me toma en serio". Así se nos fueron las horas entonces y ahora el miedo al coronavirus nos impide volver a disfrutar del ingenio de Liébana.

Ginés y Pablo, la raíz joven del árbol de *Cántico*, se conocieron muy pronto. Ginés dice que con 11 años, Pablo quizá pospone el encuentro —tal consta en el catálogo de su exposición *Rumor oculto*, de 2009—, en cualquier caso muy pronto, cuando Pablo aún era Rafael de los Santos Pedro y Pablo, y Ginés era César. Ambos habían nacido el mismo año y a la una de la madrugada, con cuatro meses escasos de diferencia. Los dos fueron niños dotados de una sensibilidad especial y estaban llamados a rutilar en el universo del Arte. Juan Bernier los llama en su *Diario* hermanos siameses: gemelos en la amistad y ambiguos geniales.

Pablo —tal lo relata en *Sombras familiares*— vio por primera vez a Ginés en el tiempo de la República y en el patio del actual Instituto Góngora, que era por entonces el único de Córdoba: *Allí estaba Ginés, ya con un punto de elegancia, de distinguirse en la indumentaria y lo recuerdo ahora con unos calcetines rojos y una capa impermeable para los goterones de aquellos años lluviosos de la infancia. Sentado en el largo banco de azulejos, dibujaba sin pausa todo lo que se le pedía, más el enigmático perfil de Greta Garbo en la "Reina Cristina" era un ex libris en todos sus cuadernos y textos.*



Ginés niño en el Colegio de los Jesuitas, junto a San Hipólito, con su maestro Juan García Lara, ante la tumba de Ambrosio de Morales

Un ambiente casi prebélico, de enfrentamientos cerriles y amenazantes, unido a la zafiedad e intransigencia de una sociedad que no perdonaba la diferencia, que alguien destacara por dibujar como los ángeles o por pasarse horas en la biblioteca leyendo antologías de poesía, unieron a estos muchachos fuera de lo común. *Quizá fue el cine, la evasión, lo que nos hizo amigos. Afinidades electivas. Pudo ser "Tres lanceros bengalíes"* —rodada en 1935 y en la que se exalta la camaradería— *la primera película que viéramos juntos desde la barandilla de las gradas en el Gran Teatro.*

Desde luego el cine fue para ellos el escape asequible de un ambiente ramplón y hostil, que coartaba perniciosamente su mutua pasión por la belleza. En la pantalla y en *El Cantar de los Cantares* conoció Pablo a Marlene



Leyendo en su estudio madrileño, bajo el lucernario cenital que le diseñara Fernando Higuera. Foto: P. Aroca

Dietrich —duda si pudo ser ésta la primera película que vio con Ginés— y la alzó a un pedestal que solo se desmoronaría con la muerte del poeta, el 14 de enero de 2018.

La primera vez que visité el estudio de Miguel del Moral, a principios de la década de los setenta, llamó mi atención una glamurosa fotografía de la Dietrich colgada en el muro del fondo, cerca de la chimenea del mosaico fingido. No pude comprender entonces su presencia que quizá supuse excentricidad del pintor. Hoy no tengo duda de que “la Marlene” —así la nombraban ellos— había llegado a la calle de *La Hoguera* por el proselitismo de Pablo.

Ya se ha aludido a la predilección de Ginés por Greta Garbo, pues efectivamente ella fue su diosa del celuloide. Aquellas dos almas gemelas coincidieron también en

el deseo de formar álbumes de las actrices de su devoción y los fueron confeccionando con collages de fotografías recortadas de revistas, dibujos, acuarelas... Tras conocer a ambos, lejano ya su adolescencia, pude tener la impresión —indudablemente falsa— de que los fetiches enraizaron en espíritus equivocados. Pareciera que a Pablo, en su mesura cordobesa, le cuadrara más la discreción de la Garbo, y al liberal desenfadado de Ginés la rompedora Dietrich. No obstante, no fue así, las referencias a la actriz en su poesía, algunos escritos y el altar doméstico que acompañó siempre a Pablo, desmienten mi impresión en lo tocante a éste. Todo lo que atañe a Ginés es más críptico y no tengo certeza de que su devoción por la Garbo le haya acompañado en su exilio alegre. Sé que cuando salió de Córdoba en enero de 1943 se llevó su álbum y he leído que también el de Pablo, que hubo de iniciar otro de Marlene Dietrich.

En la exposición de Ginés Liébana que actualmente cuelga de los muros de la sala de la Diputación Provincial hay un texto de Jesús Cabrera en el que advierte de la dificultad de alcanzar las claves del artista. Efectivamente así es, si el duendecillo travieso que lo habita le aconseja acrecentar el enigma o fabricar un equívoco, tiene ingenio y recursos para hacerlo. Lo he llamado con intención de preguntarle si su devoción adolescente por Greta Garbo tuvo mucho más recorrido. Al descolgar el teléfono me ha saludado con las carcajadas sonoras de quien se sabe nacido para reír. Acto seguido me ha hablado de Cho-Chón-Satán, luchador de sumo, que ha despertado la pasión de la viuda de un hacendado catecto. Sin solución de continuidad ha proseguido con otra de sus novelas, cuyo protagonista es un poeta que hace décadas ganaba tres millones de pesetas diarios por derechos de autor y mandó construir una estancia acristalada, a modo de solárium, con techo practicable para autocatapultarse al Olimpo cuando le viniera en gana. La conversación se ha dilatado con temas diversos: “Baila Salomé bajo el plenilunio de la luna clara”, “El jarabe lo inventaron los jarabes”, “¡Qué maravilla de cabra!”...

Ni una palabra de la Garbo, pero ¡qué importa! Nada me satisface más que constatar que a dos meses de coronar el siglo está espléndido, es Ginés Liébana en estado puro, en su mente lúcida impera su consustancial desorden. Él lo ha dicho: *Estoy divinamente, a lo mejor porque en 80 años no he hecho nada formal. No he sabido nunca tener un cierto orden* (“*El País*”, 5-marzo-2019).



G. LIÉBANA, *Cambio de las estaciones que seducen* (1981), óleo / tabla, 27 x 76 cm.

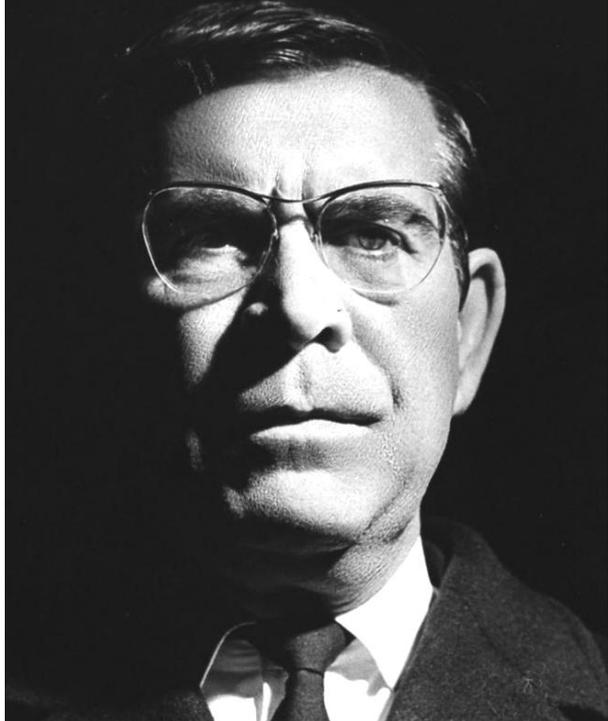
En nuestra conversación del día siguiente hizo alusión a la diva sueca, aproveché para hacerle la pregunta y me contó con pelos y señales el argumento de su película *El demonio y la carne* —del cocido, añade él—, que vio en el Coso de los Tejares mientras unas mujeres sentadas a su espalda discutían si aquella “Greta Calvo” sería prima de Calvo Sotelo. Su contestación no ha sido muy precisa, pero juraría que su veneración por la actriz fue de vuelo corto, nada comparable a la fidelidad que Pablo profesó a “La Marlene”. En lo que Ginés ha sido indudablemente constante es en su pasión por Córdoba, que ha trascendido sus fiestas alegres en *Clara del Rey*, *Apolonio Morales*, París, Rio de Janeiro, Venecia y quién sabe cuántos escenarios de su larga vida, pues su precoz condición de andarín siempre le impulsó a viajar. Pese a tanto avatar su admiración por la antigua capital de la Bética sigue incólume.

El sábado, 18 de julio de 1936 —la cinefilia de Ginés y Pablo y su pasión por las divas estaba en su cenit—, la prensa cordobesa abrió edición informando de que Cifesa había trasladado a Córdoba a los protagonistas de *El genio alegre*, adaptación de la obra de Los Quintero, cuyos exteriores debían rodarse en un cortijo próximo a la ciudad. La tragedia era inminente, por la mañana los falangistas desfilaron por Las Tendillas y a las tres de la tarde los sindicatos convocaron huelga general, poco después de que Queipo de Llano llamase al coronel Ciriaco Cascajo ordenándole que la guarnición cordobesa se sumara a la rebelión militar.

Cuenta Ginés que, pese a los acontecimientos, Pablo y él acudieron a la puerta del hotel *Simón* y allí esperaron la salida de Rosita Díaz Gimeno, amante de un hijo de Negrín y protagonista de la película antedicha, hasta que el primer cañonazo contra el edificio del Gobierno Civil desató su estampida hacia *Gondomar*, Ginés continuó por *San Felipe Neri* camino de su casa y Pablo hizo lo propio corriendo por *Gondomar* hacia Las Tendillas.

La brecha abierta en el rebaño cerril de los exaltados dio rienda suelta al rencor, la envidia y las delaciones sin fundamento. La familia Liébana —ya lo hemos dicho— fue víctima del caos de los primeros meses de la Guerra Civil. María Catalina Velasco, sumida en la indigencia, hubo de dejar su casa de la calle *Bataneros* y halló cobijo en *Horno de la Trinidad*, donde los padres de Émili Santacruz, Emiliano Santacruz y María Inés González, eran dueños de las casas uno y tres. Ginés bendice la memoria de doña Inés, que fue asidero vital de su familia en aquellos tiempos difíciles.

La viuda de Antonio Liébana se instaló con sus hijos en la planta baja de la casa número uno, en la que vivían otras dos familias. La número tres estaba ocupada por unos parientes de los Liébana, naturales también de Torredonjimeno, la viuda y seis hijos de un hermano de Mateo César Hermoso Ocaña, primo del padre de Ginés, que estaba casado con Marina Santacruz, hija de los dueños de la casa.



JOSÉ JIMÉNEZ, *Retrato del poeta Ricardo Molina*

En esta casa de *Horno de la Trinidad* fue donde Ginés pintó "Thais" con sólo 16 años. El porqué de cómo llegó el artista a elegir la protagonista del que fue quizá su primer cuadro es un misterio que no me ha revelado su autor, pero intuyo que la fuente debió ser *Thais, la cortesana de Alejandría*, una novela de tintes románticos debida al Premio Nobel de Literatura, Anatole France. Los inseparables amigos debieron acceder a esta obra gracias a Carmen Guerra que había sido profesora de Pablo en el Colegio Francés y bibliotecaria de la Provincial, pues ella y su hermano Pepe nutrieron y encauzaron la avidez lectora de Ginés y Pablo.

Thais inspiraba erotismo y lujuria desenfrenada en la población y el anacoreta Pafnucio, también obsesionado por ella, abandonó su retiro para redimirla. Otra vez las dos sendas confluyendo en aquella mujer hermosa del Egipto romano, seducen a los amigos que no conocían el yo sino el nosotros, como lo hicieran la Garbo y la Dietrich en el cine. La devoción por Thais fue compartida y también Pablo nos dejó un boceto de la cortesana de Alejandría, fechado en 1946.

En 1940 Pablo conoce a Juan Bernier en la Biblioteca Provincial. Éste ya había reparado en aquel muchacho absorto en la lectura de antologías poéticas y —seguramente esto no lo conocía el observador, aunque lo presentía— había empezado a escribir versos en 1937, en el primer cuaderno formado para homenajear a

Josefina Liébana. Pablo muestra a Juan Bernier algunos dibujos de Ginés que le sorprenden gratamente y así se propiciaría la unión de las dos raíces esenciales del árbol de *Cántico*, Juan Bernier y Ricardo Molina, con Pablo García Baena y Ginés Liébana. Los cuatro confluían con otros amigos, jóvenes inquietos de la ciudad, en las tertulias y audiciones musicales de Don Carlos López Rozas, antiguo profesor del conservatorio, en su casa de la calle *Almanzor*.

Cuenta Bernier que hubo de esforzarse para que Ricardo aceptara la compañía de los inseparables Ginés y Pablo. *Pero estaba seguro —afirma—, y así sucedió en efecto, que su personalidad acabaría con las sonrisas para dejar paso a la admiración.* Los asistentes a las tertulias de Don Carlos deciden formar un libro dedicado a su anfitrión, que Ginés ilustraría profusamente con temas del mundo clásico iluminados por el rutilante cromatismo de la ilustración popular de la época (1940).

El 23 de diciembre de 1942 y para conmemorar el Centenario de San Juan de la Cruz, se estrena en el Gran Teatro una adaptación del *Cántico Espiritual* hecha por Pablo. Los decorados y figurines, de Ginés, como cabría esperar de la simbiosis estética que ambos mantuvieron durante años.

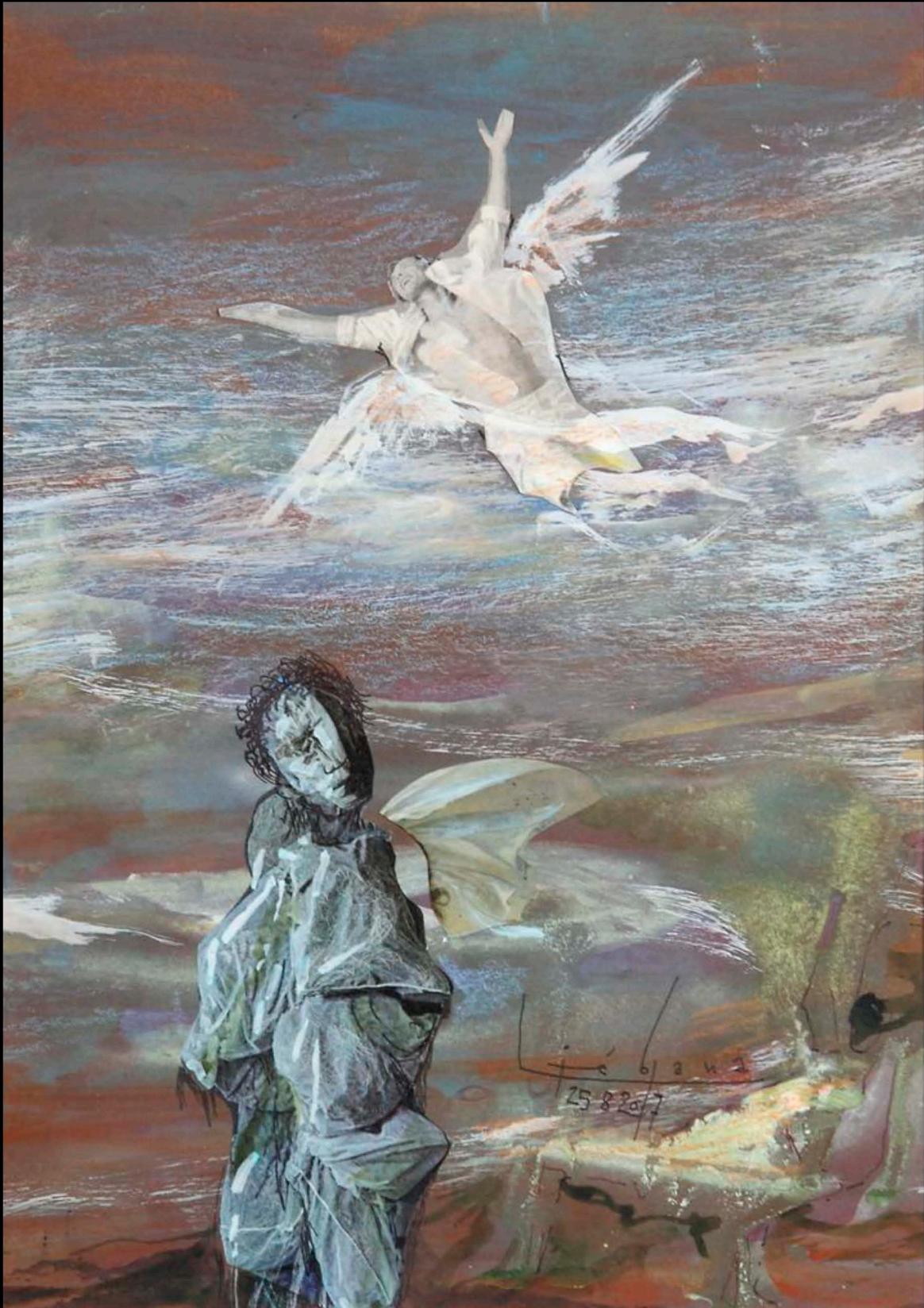
Miguel del Moral, nacido cuatro años antes que Ginés y Pablo, no les era desconocido, pues coincidieron con él en la Escuela de Artes y Oficios, donde llegaba a las clases envuelto en una capa española de su tío que suscitaba los comentarios y risas cómplices de los "siameses". Fue precisamente tras el estreno del *Cántico Espiritual* cuando del Moral se integró en el grupo. Días después Ginés partió a Madrid sumiendo a Pablo en la súbita orfandad del amigo recogida en su conmovedor poema Ginés Liébana. *Ibiza, 35. Madrid:*

Te he buscado estos días en que mis versos quieren rodearte
como el fuego rodea los leños encendidos.
Te he buscado estos días en todo lo que amabas (...)

G. LIÉBANA, *Audición musical del futuro grupo Cántico en la biblioteca de la casa de Carlos López de Rozas* [Ricardo Molina (con un libro en la mano), Carlos López de Rozas, Juan Bernier, Anastasio Pérez Dorado, Faustino Fernández-Arroyo, Ginés Liébana (cubriéndose el rostro) y Pablo García Baena], Córdoba, 1940, tinta china / papel, col. particular, Málaga



AROCA LARA, Angel, Gines y Pablo en el preCántico 25-36.



G. LIÉBANA, *Estatua triste con ángel volando* (2017),
collage y acrílico / papel, 24 x 18 cm.



ccbo



BELLAS LETRAS
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



Diputación
de Córdoba